

La catarsis de la memoria

The catharsis of memory

Andrés Gonzales-Medrano¹

Resumen

El autor nos presenta una serie de consideraciones respecto de nuestra memoria y de cómo muchas veces se le privilegia antes que la abstracción y la creatividad, para concluir que lo único que vale la pena memorizar son los momentos que tienen algún significado en nuestra vida, aquellos momentos que nos hacen sentir como humanos.

Palabras claves: psicología, memoria.

Abstract

The author presents us with a series of considerations regarding our memory and how it is often privileged over abstraction and creativity, to conclude that the only thing worth memorizing are the moments that have some meaning in our life, those moments that make us feel like humans.

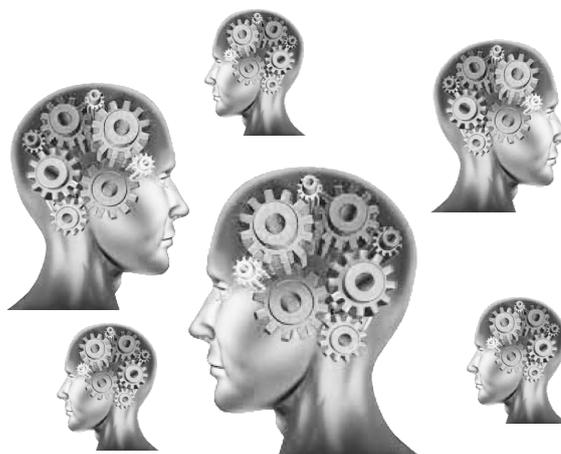
Keywords: psychology, memory.

1. Volviendo al futuro

—¿Qué pasó, doctor?, ¿se olvidó de estudiar?
—No, profesora, olvidé memorizar.

Entre los tipos de memoria encontramos la episódica, aquella que nos permite recordar escenas de nuestras vivencias, incluso las muy lejanas en el tiempo. El diálogo que inicia este ensayo es parte

¹ Abogado y especialista en gestión pública, egresado de la maestría con mención en ciencias penales, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, Perú.



Modificado de: <https://sp.depositphotos.com/>

de un breve diálogo que mantuve como estudiante de maestría con una catedrática en una prestigiosa universidad peruana.

—Explíquese, por favor.
—Vea usted, doctora. Este examen ha sido una prueba de memoria, mas no de capacidad crítica. No pretendo criticar su sistema de calificación, pero la baja nota que he obtenido sólo es un reflejo de mi capacidad de memorizar el contenido de las lecturas que hemos discutido durante este semestre, y no de mi capacidad de

análisis y síntesis, lo cual entiendo que es lo que se espera de un maestrando.

La profesora me miró y no replicó. Probablemente lo consideró una pérdida de tiempo, o tal vez no quiso verse obligada a aceptar que no había cumplido con su deber como catedrática en una maestría. Nunca lo sabré.

Lo que sí pude confirmar es que nuestro sistema educativo tiene una seria afección que genera dolor en todos aquellos que buscan una evolución de las capacidades intelectuales y tecnológicas de nuestra nación. Famosa es la naturaleza ambiciosa y creativa de los peruanos, pero una estructura rígida resulta contraria a la flexibilidad de tal capacidad.

2. A la sombra de los cerezos en flor

Alguna vez tuve la suerte de estudiar bajo la dirección de una maestra japonesa, muy tradicional ella, gracias a quien pude entender e interiorizar un poco del sistema educativo japonés.

Yo era un muchacho de 18 años que quería estudiar otro idioma para entretenerme entre clases durante los primeros años de estudios universitarios. Lo reconozco: me matriculé en japonés sólo para entender mejor las historias dentro de los videojuegos, que siempre han sido mi pasión.

En fin, ahí estaba yo, sentado a las diez de la mañana en una carpeta junto a otros siete alumnos en un pequeño salón de la Facultad. Desde el primer día -gracias a la memoria episódica- tuve la sensación de estar en otro país. ¿Cómo es que sólo una sola persona puede generar un ambiente tan diferente para los demás? Recuerdo cristalina a mi sensei dándonos la bienvenida al curso con la primera regla: «Si desean aprender idioma japonés, deben estudiar cultura japonesa en sistema japonés».

Las semanas pasaron, luego los meses e -inevitablemente- los años. Poco a poco, algunos

de mis compañeros fueron abandonando el curso. Decían que era muy difícil, que ya no tenían tiempo para el japonés, que sensei tenía mal carácter. Lo cierto es que, para poder avanzar en el curso y entender el idioma, había que pensar no sólo en japonés sino también como japonés.

El sistema educativo japonés no es un esquema frío, sino que se trata de una relación maestro-alumno con un alto nivel de compromiso. Se trata de creer en lo que se hace, dedicándose a ello desde que amanece hasta que oscurece, confiando en que todos cumplirán con la parte que les toca.

En el idioma, tanto español como japonés, hay una carga insoslayable para la memoria. Basta con pensar en las conjugaciones verbales, las cuales no son asimiladas completamente ni siquiera al alcanzar la adultez por parte de muchos peruanos. Sin embargo, memorizar no es la principal preocupación del alumno japonés, pues el maestro siempre busca que el estudiante comprenda antes de memorizar, y que produzca antes de reproducir.

3. Identificando el problema

Un clásico examen con alternativas literales, que sólo exige al estudiante recordar exactamente lo que dice un libro de texto, puede llegar a ser insultante para estudiantes de países del primer mundo -al menos en Japón-; pero es el formato más aplicado en el Perú, donde lamentablemente suele medirse la capacidad intelectual de un estudiante por una función bastante pasajera del cerebro: la llamada memoria de trabajo.

La memoria de trabajo -a diferencia de la episódica- permite recordar información adquirida con poca antigüedad y se pierde casi inmediatamente después de haberla utilizado. Pensemos en la clásica imagen del estudiante «chancón», quien se amaneca leyendo repetidamente un texto hasta memorizarlo; pero que olvida lo aprendido luego de una semana de dar el examen. Es a este alumno al que se suele

premiar con altas calificaciones en una prueba de tipo objetivo que sólo está dirigida a reproducir textos aprendidos de memoria.

La mayoría de estudiantes peruanos es empujada por nuestro aún colonial sistema educativo a convertirse en reproductora de textos hasta su adultez; por eso, cuando egresan de la universidad -o incluso del postgrado- se valen de recursos extraprofesionales, como las amistades, la coima, el plagio, los favores o los «contactos» para conseguir un trabajo o prevalecer frente a otros profesionales en el ambiente laboral.

Cuando se somete a los alumnos a exámenes del tipo descrito anteriormente, se les exige solamente el desarrollo de la memoria de trabajo, con lo cual se obliga a un ser humano a extender innecesariamente un tipo de memoria que no define a ninguna profesión u oficio, pues notaremos que no existe una ocupación que requiera recordar datos. Para esta necesidad de contar con información contamos con los ordenadores -genial palabra española para definir a una computadora, los cuales cumplen la función básica de guardar la información ordenadamente hasta que la necesitemos.

4. Yo, robot

En este punto me pregunto: ¿un robot podría sustituir a un ingeniero, a una secretaria o a un panadero?

La respuesta es mucho más compleja de lo que parece, incluso si a primera vista creemos que una máquina cibernética podría reemplazar -con el software adecuado- a un panadero o una secretaria. Los seres humanos somos únicos en el planeta, inigualables frente a lo artificial. Tenemos una constitución psicosomática que nos permite crear a partir de lo abstracto, lo cual nos diferencia de las máquinas, y me aventuro a decir que una computadora jamás podría igualar nuestra capacidad de abstracción.

Lo expuesto en el párrafo anterior será seguramente una de las respuestas favoritas a la pregunta planteada sobre la posibilidad de que una máquina cibernética pudiera reemplazarnos en nuestros oficios. Este argumento es el de la superioridad del hombre como «máquina» superada únicamente por otro hombre.

Si esto es así, ¿por qué nos empeñamos en convertirnos en simples máquinas que repiten lo que dice un texto? ¿por qué no incentivamos el pensamiento abstracto, crítico y creativo en las lecciones? ¿por qué el sistema educativo nos reduce a reproductores de textos y premia a quienes más reproducen?

Nótese que no tiene sentido hablar de una mejor reproducción, pues una alternativa correcta en una prueba objetiva de opción múltiple es única y no admite modificación alguna por parte de quien la responde.

5. El juego invisible

La abstracción es una de las mayores capacidades del ser humano. Sólo él la posee, pues es un proceso racional que se contrapone a los procesos instintivos de los animales y a los procesos lógicos de las computadoras.

Veamos primero los procesos instintivos. Los instintos no se aprenden, no son producto de un proceso intelectual. Cuando un animal siente hambre, coge lo que tenga disponible para saciar su necesidad; asimismo, el instinto de perpetuación de la especie hace que los animales se apareen sólo en ciertos ciclos y temporadas. Los animales no pueden razonar para buscar la mejor manera de conseguir comida ni para entender por qué tienen sexo con otro animal.

El hombre utiliza su capacidad de abstracción para entender su sensación de hambre; usa su creatividad para encontrar la mejor manera de satisfacer esa

necesidad, incluso es consciente cuando va a comer por placer.

El caso de las máquinas es más simple. Las computadoras no tienen necesidades ni instintos, tienen patrones. Los esquemas lógicos de identidad y condicionalidad son los que rigen su funcionamiento. Esto podemos comprobarlo en el ajedrez.

Conocí el ajedrez gracias a mis padres, que vieron en mí un potencial desarrollo de los genes que de ellos había heredado. Mi padre lo había practicado regularmente y mi madre, aunque sólo jugaba damas, estuvo muy de acuerdo con hacer que yo aprenda a jugar ajedrez lo antes posible. Recuerdo que contrataron a un profesor que me enseñó lo básico y me acompañó hasta que participé -y perdí- en mi primer campeonato, a la edad de 10 años.

El ajedrez es -en mi opinión- cualquier actividad, excepto un juego. Durante los años que me he dedicado a aprenderlo, a entenderlo y a practicarlo no he encontrado más que tensión y esfuerzo mental. Parece que se ha clasificado al ajedrez como juego en función de su composición (tablero y piezas), lo cual es muy superficial para aquellos que se han dedicado a estudiarlo.

Durante una partida de ajedrez, el cerebro humano debe apelar a un nivel de abstracción elevado, incluso antes de mover la primera pieza. Fueron necesarios muchos años de práctica para poder finalmente vencer a mi padre. Cuando esto sucedió, yo había ingresado a la universidad y mi padre empezaba a envejecer. Recuerdo con bastante claridad que le gané esa partida -y las siguientes- gracias a mi conocimiento sobre su carácter, sus gestos y mi esfuerzo mental por anticiparme a sus movimientos. De nada me sirvieron las clásicas aperturas básicas que aprendemos de memoria todos los novatos, pues -a partir del nivel intermedio- nunca se utilizan más allá del tercer movimiento.

6. El cielo y el infierno

Estamos seguros de que hay ramas del conocimiento que no admiten abstracción y creatividad, pues su naturaleza está en los resultados, como es el caso de las matemáticas. En esta ciencia, se sabe que un problema generalmente sólo tiene una respuesta correcta, no hay lugar para la creatividad en la respuesta; pero sí se admiten -y se valoran- los métodos de resolución o las teorías novedosas que permitan resolver más rápida o exactamente las operaciones.

Ahora que lo pienso, debe ser por la falta de libertad para solucionar un problema, que detesto las matemáticas y los números. Son el rostro de las cuentas que no puedo pagar, la expresión de las disputas familiares cuando hay una herencia de por medio y la materialización del tiempo que siento escapar de mi cuerpo con cada lágrima cuando pienso en las tragedias de mi vida.

En cambio, gracias a las letras escribí mi primera carta de amor en la niñez, también fue por las letras que logré dar vida a mis primeros personajes de caricaturas (ilustradas, editadas y extraviadas por mano propia); pero, sobre todo, fue en el mundo de las letras donde alcancé ese estado de conciencia del cual ahora me es imposible escapar y que, cual maldición, no me deja vivir en la gozosa ignorancia de la mayoría que disfruta de la trivialidad de la televisión y las amistades descartables.

7. La memoria de lo que se desea

Llegué a mi vejez pensando que sería en viaje del punto A hacia el punto B. Cuál sería mi sorpresa al darme cuenta de que estaba caminando en círculos bajo las leyes de la filosofía y no de la física.

En este punto de mi vida, me doy cuenta, confirmo y manifiesto ante el universo que memorizar es el camino equivocado para alcanzar la autorrealización como seres humanos. La recopilación y la

reproducción de los datos sólo tiene sentido en las computadoras y -ahora que se han masificado- no tiene sentido que malgastemos tiempo quitándoles ese trabajo.

Probablemente lo único que vale la pena memorizar sea cada momento que tiene algún significado en nuestra vida, cada uno de esos momentos en los que nos sentimos vivos y dejamos de ser autómatas entre el maldito trabajo y el descanso reparador. El abrazo de la madre que es capaz de dar su vida por el fruto de su vientre, la voz del padre que ve con orgullo crecer a su hijo, la mirada de nuestro primer amor, las ganas de ver un nuevo amanecer para seguir haciendo lo que nos apasiona y, por supuesto, el aroma de la juventud que dejamos ir pensando que después será mejor.

Bienaventurados los que llegan al punto en que recuerdan lo que desean, porque ellos estarán a tiempo de salir de este mundo con tranquilidad, sin miedo y con una ligera sonrisa en el rostro.

Correspondencia:

Andrés Gonzales-Medrano
gonzmed@gmail.com

Fecha de recepción: 26-07-2021.

Fecha de aceptación: 20-08-2021.

Conflicto de interés: ninguno, según el autor.

Financiamiento: por el autor.